

Se trataba con eso de vigilar la conducta del que habia sido hasta desleal con Moctezuma, solo por probar su lealtad á Carlos V; se iba á fiscalizar la inversion que daba á unos cuantos puñados de oro, el hombre que habia conquistado para la monarquía española un mundo, que se sentaba sobre una base de plata, que se extendia hasta recibir en sus brazos los dos Océanos, y con el cual la naturaleza se habia mostrado locamente generosa.

Un dia Cortés se encontró rodeado de Gonzalo de Salazar, de Peralminde de Chirino, de Alonso de Estrada y de Rodrigo de Albornoz, es decir, de un factor, un veedor, un tesorero y un contador.

Aquellos cuatro hombres, pendientes de los menores movimientos del conquistador, espiondo la oportunidad para perderle, anhelando el momento de verle á sus piés, parecian cuatro perros hambrientos rodeando á un leon, y esperando su sueño para acometerle, ó su muerte para devorarlo.

En esto no se hacia mas, sino obedecer las órdenes del emperador y las instrucciones de la corte, en donde todos ellos tenían sus protectores, enemigos mas ó menos embozados de Cortés.

Así son en lo general todos los gobernantes; la gloria, las virtudes ó el talento de los hombres de su pueblo, les hace daño; la envidia sube como un viento emponzoñado por las gradas del poder, y el que manda en una nacion, llámese rey, emperador, ó autócrata, ó presidente, nunca quiere que una frente se adorne con mas corona de triunfo, que la que él quiera darle; le parece que toda gloria daña su gloria, que todo triunfo opaca su esplendor: así son todos.

La historia, que ha querido hacer de algunos hombres

4

Pruébese la verdad del refran que dice: "cria cuervos,  
y sacarte han los ojos."

**H**ERNAN Cortés, ese gigante de valor y arrojo, que cayó en medio del poderoso imperio azteca como un aerolito de acero, venido de ignoradas regiones, y que no contento con que la inmensa y movediza superficie del Océano que le separaba de su patria, hubiera guardado en el mas profundo silencio el rumbo que habia llevado, hasta tocar las arenosas playas del Nuevo Mundo, quemó las naves que le condujeron, como para borrar hasta la esperanza del retorno. Despues de sus fabulosos triunfos, habia llegado á ser un objeto de envidia para los grandes de España, y de desconfianza para el emperador.

El pobre y desconocido hidalgo de Medellin, era ya mas que un duque, y casi tanto como un rey.

La envidia y la desconfianza se coligaron; y con pretexto del mejor servicio de la monarquía, el emperador, aconsejado por sus ministros y favoritos, mandó á la Nueva España tesorero y contador, y factor y veedor.

semidioses, ha procurado ocultar cuidadosamente esa mancha en algunos de sus favoritos, porque la historia, á pesar de su imparcialidad, se pone muchas veces del lado de los fuertes y de los poderosos.

Los hombres son los que escriben la historia, y los hombres se enamoran y se apasionan de una reputacion legendaria ó de una figura mitológica, como se enamoran y apasionan de una mujer, con mas vehemencia, mientras mayores es el abismo social que los separa de ella.

Preguntad á la historia por qué murió Colon en el abandono, por qué se tomaron esas ridículas cuentas á Gonzalo de Córdoba, por qué la tristeza y el desaliento minaron y amargaron los últimos dias de Hernan Cortés?

Llegad á nuestros dias, y preguntad tambien por qué ha vivido pobre Espartero en España?

¿Por qué? porque solo los pueblos libres son incapaces de envidia.

Por eso en la América misma, que se llama la tierra de la libertad, solo Washington ha visto coronada su nevada cabellera, con la auréola que le presentaron la gratitud y el respeto de sus conciudadanos.

Despues de la experiencia de tantos siglos, por fortuna de la humanidad, los hombres no han llegado á corromperse enteramente, y cada dia la historia registra hechos grandes, nobles y desinteresados. No mas que hoy el sacrificio tiene doble mérito, porque está ya sentado y probado el principio de que la felicidad sobre la tierra, el bienestar en el mundo, y la gratitud en los pueblos, están en razon inversa del mérito.

Dejemos que la sociedad marche como va; nada podemos hacer para evitarlo; y semejantes somos, en este em-

peño de reformar al mundo, al loco que cree encontrar la luna en el centro de la tierra, porque la mira retratada en las aguas de un pozo profundo.

Hernan Cortés comprendió la mision que traian cerca de él, y en la Nueva España, los *oficiales reales*, y sin embargo, nada hizo para contrariar sus maquinaciones.

Salazar y Chirino, Estrada y Albornoz, contaminaron con sus malas pasiones á los partidarios y compañeros del conquistador. Poco tiempo despues de la llegada de aquellos hombres, es decir, cuando partió á las Hibueras, Cortés se encontró aislado casi entre los españoles, y rodeado solo de un pequeño círculo de amigos, como se habia encontrado antes acompañado de unos cuantos soldados, aislado y combatido en la inmensa extension del Anáhuac.

El Lic. Zuazo, á quien el conquistador habia hecho venir de Cuba, Rodrigo de Paz su sobrino, Martin Dorantes su paje y favorito, y D<sup>a</sup> Marina, conocida en la historia por la *Malintzin*, hé aquí los únicos verdaderos amigos de Cortés!

Pero estos cuatro personajes valian por un ejército; y como van á representar en nuestra leyenda un papel importante, hablaremos un poco de ellos, á riesgo de fastidiar á los que nos escuchan.

El Lic. Zuazo habia sido gran amigo de Cortés en Cuba, cuando Cortés no era mas que un aventurero sin nombre y sin gloria, y cuando nadie hubiera leído sobre su frente, el brillante porvenir que le reservaba la Providencia.

Llegó el dia en que Cortés fué una de las grandes figuras de su siglo, y quedó autorizado para gobernar, en nombre del emperador Carlos V, las extensas provincias que habia conquistado con su espada; y ese dia Zuazo se em-

barcó en Cuba para presentarse en México á su amigo. Pero la suerte le fué contraria, y naufragó en una isla desierta.

Cortés, como todos los hombres de corazón, no olvidaba á los amigos del tiempo de su desgracia; supo el naufragio del Lic. Zuazo, y envió en su busca, haciendo para ello salir buques de Veracruz.

Los enviados de Cortés encontraron á Zuazo, y le condujeron á las playas de la Nueva España.

Desde aquel día Zuazo fué el partidario fiel, Cortés el protector desinteresado.

Cárlos V envió orden á Cortés, para que el Lic. Zuazo volviera á Cuba á rendir unas cuentas, y Cortés impidió este viaje. ¿Qué dijo el conquistador á Cárlos V, para retener en México á su amigo? Nada se sabe de esto; pero ni el emperador insistió, ni Zuazo salió por entonces de la Nueva España.

Cortés consultaba con el Lic. Zuazo los negocios mas graves del gobierno de la colonia y de sus intereses particulares, y la conducta leal del Licenciado, y su acierto en el consejo, y el profundo conocimiento que tenia del corazón de su amigo, estrecharon mas y mas sólidamente aquellos vínculos.

Zuazo era, pues, el primer amigo del conquistador.

Rodrigo de Paz era un pariente cercano de Cortés; leal y animoso, se hubiera arrojado sin vacilar al fuego, por cumplir una orden ó por evitar un mal á Cortés.

Si no con el consejo y la prudencia, sí con el valor y la espada, Rodrigo de Paz era un apoyo de su pariente. Su arrojo y su generosidad le habian dado un gran prestigio en la nueva colonia, y este prestigio lo usaba siempre en favorecer la causa de Cortés.

Martin Dorantes era como un perro, fiel, obediente, silencioso; muy jóven, pero enérgico y prudente.

Doña Marina ó la Malintzin, amaba á Cortés como saben amar no mas las mujeres; para ella no habia amor de patria, ni de familia, ni de religion; para ella el mundo se habia reconcentrado en aquel guerrero que la recibió como esclava, y la elevó hasta hacerla por mucho tiempo la señora de su alma. Marina amaba todo lo que amaba Cortés, aborrecia todo lo que aborrecia él; bajo el ardiente sol del medio dia, en medio de las espesas sombras de la noche, cuando rugia furiosa la tormenta y cuando se alzaban al cielo las nubes de polvo del combate, en todas partes, á todas horas Cortés estaba seguro de que los negros y brillantes ojos de Marina le buscaban y le seguian, y que los rojos labios de la india murmuraban su nombre, envuelto quizá en una plegaria, que en el dulce idioma de los aztecas enviaba la jóven al Dios de los cristianos.

Porque Marina adoraba al dios de los cristianos porque era el dios á quien adoraba Cortés.

Marina era con los naturales el intérprete mas fiel que podia encontrar el gefe español, porque ella no solo traducía las palabras, sino que leía, adivinaba, retrataba el alma y los sentimientos de su amante.

Para Marina no habia palabra oscura ni desconocida en los labios de Cortés, como no hay palabra oscura ni desconocida en la carta que recibe una mujer amante, por mas que los caracteres en que está escrita aparezcan á los ojos profanos, como indescifrables.

Cortés nunca llegó á poseer el idioma que hablaba Marina, y ella aprendió pronto y perfectamente el castellano; es porque en la mujer hay mas penetracion, mas delicade-

za en la inteligencia; es porque el hombre mira como pequeña ofrenda al amor aprender el idioma de la mujer que ama, y raras veces piensa en eso; y la mujer nada desprecia, nada olvida, nada le parece bastante para complacer.

Hay en todo esto mucho de orgullo en el hombre, y mucho de abnegacion y de cariño en la mujer.

Cortés, por su parte, llegó á sentir por Marina una verdadera pasion. Expuesto siempre á los azares del combate; rodeado de peligros; desconfiando siempre de las asechanzas de sus contrarios; herido por la ingratitud á cada paso, Cortés bebió con avidez en aquella fuente inagotable de amor y de ternura, que brotaba del alma de Marina.

Los hombres que sostienen grandes luchas en su vida, que atraviesan por situaciones terribles ó peligrosas, necesitan ese rocío consolador que cae de los labios de una mujer amada, y que calma, si no es que borra, el dolor de las heridas del alma. Porque la noche mas negra tiene luceros mas brillantes, que las alas de la tempestad suelen eclipsar por un instante, pero nunca borrar del firmamento.

Quizá sin la Malintzin, el espíritu de Cortés hubiera algunas veces cedido al frio soplo del desaliento ó de la desesperacion; sin la Malintzin, quizá Cortés hubiera caido en alguna de las celadas que le prepararon tantas veces sus astutos enemigos, y de los que ella le salvó; sin la Malintzin, quizá no hubiera contado el conquistador con ese numeroso ejército de aliados, que le seguian por todas partes y combatian con tanto denuedo á sus órdenes.

Ella era la constancia, el aliento, la vigilancia, el consuelo, la ternura, el alma del osado capitán.

Zuazo era la inteligencia; Marina el corazón; Rodrigo de Paz y Martín Dorantes los brazos.

Cortés era el espíritu de aquella entidad, y todos ellos pensaban y vivian por él, y él era la sombra del gigantesco roble que los cubria y los vivificaba.

Por eso cuando Cortés partió para las Hibueras á combatir la insurreccion, llevó á Dorantes y á D<sup>a</sup> Marina, y dejó en México á Zuazo y á Rodrigo de Paz.

La mitad de su ser iba con él: la otra mitad quedaba guardando su honor y su porvenir en la capital de Nueva España.